

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

Centro de Estudios Medievales
PALACIO DE LA MAGISTRAL
Universidad de Cantabria
41013 Santander, España

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA TRISO
con la colaboración de Lucía Rodríguez

@ Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

LA TRANSMISIÓN DEL SABER MÉDICO: «LIBRO DE ALEXANDRE» Y «LIBRO DE APOLONIO»

AMAIA ARIZALETA

Universidad de Toulouse-Le Mirail

BASTARÍA aducir la existencia de un asunto común al *Libro de Alexandre* y el *Libro de Apolonio* para echar los cimientos de una reflexión acerca de la relación existente entre ambos poemas, sin tener que mencionar otras características de las que éstos participan, como por ejemplo su articulación en torno al trayecto vital de un monarca, o su composición en un momento semejante. El siguiente paso sería considerar que el factor de identidad entre *Alexandre* y *Apolonio* pueda ser más significativo que las diferencias entre las dos obras. Supuestas dichas premisas, cabe una aproximación a estos textos a través de esa materia compartida, en este caso el saber médico, pretendiendo no tanto aportar algún dato más que muestre la influencia de uno sobre otro, como proponer un comentario de las posibles razones que llevaron a los dos autores anónimos a hacer de la ilustración del arte de la física un lugar esencial en la construcción de cada una de las obras.

Sabemos que en el *Apolonio* la habilidad de un médico que logra sacar a la esposa del protagonista de una apariencia de muerte contribuye al final feliz de la historia, y que en el *Alexandre* la ciencia médica preserva la vida del héroe permitiéndole avanzar en su dominio del mundo hasta que la muerte inevitable detiene su progresión. Ello significa que el hilo narrativo de los dos poemas descansa en gran medida en episodios pensados por sus autores con el fin de exponer sus conocimientos de medicina. No hay dificultad en reconocer de entrada el «temple intelectual» de esos poetas modernos, así como el valor de la clerecía como sustento de la creación literaria,¹ ni en aceptar que dichos pasajes constituyen una muy adecuada propaganda del tópico de la transmisión del saber. Teniendo esto en cuenta, su análisis suscitará algunos interrogantes que, además de apoyar el necesario trabajo de cronología relativa, nos acompañen en la reconstruc-

¹ Parafraseo a F. Rico, en su «La clerecía del mester», *Hispanic Review*, LIII:1 (1985), pp. 1-23, y LIII:2 (1985), pp. 127-150, especialmente p. 14. Véase igualmente R.S. Willis, «Mester de clerecía. A Definition of the *Libro de Alexandre*», *Romance Philology*, X (1956-1957), pp. 212-224; M. Alvar, «Apolonio, clérigo entendido», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, I, Quaderns Crema, Barcelona (1986), pp. 51-73.

ción del paisaje cultural peninsular del siglo XIII. *Alexandre* y *Apolonio* nos dicen, en efecto, qué representaba la física para algunos letrados castellanos en el período comprendido entre 1200 y 1250, y poseen por ello una función ejemplar.

Bien sabido es, por otra parte, que ambas obras son las versiones romances de sendos textos latinos; ahora importa juzgar la selección del material de las fuentes llevada a cabo por el autor del *Apolonio*, quien, además de trasladar al castellano la *Historia Apollonii Regis Tyri*,² escogió el *Alexandre* como modelo, al menos de los versos en los cuales es ilustrado el saber médico.³ Cobra pues todo su sentido la interpretación del *Apolonio* como texto análogo al *Alexandre*, bien como su heredero ideológico o bien como su contrapunto.⁴ En cualquier caso, estas dos obras aparecen como los testigos de un afán de conocimiento que encontró su lugar entre la clerecía castellana, y dejan entrever qué se cocía en los ámbitos intelectuales que hicieron posible su aparición.

Tres son los pasajes en que el autor del *Alexandre* se demora en la representación del saber médico: en primer lugar, cuando el niño héroe hace alarde teórico de la diversidad de sus conocimientos ante su maestro Aristóteles, afirmando haber aprendido «toda la física» (P942a);⁵ más tarde, cuando sufre el macedonio un desmayo tras haberse bañado en el río Cidno (P862-895, O834-866) y cuando es herido de gravedad en el sitio de Sudraca (P2.214-2.242, O2.072-2.100). Llama la atención el divorcio presente en el texto entre declaración de principios del niño y aparente inaptitud del héroe adulto para ejercer su saber: mientras el comienzo del poema presenta al macedonio como actor científico, los versos siguientes dejan el protagonismo de la intervención médica a otros personajes, relegando a Alejandro al papel de paciente. El héroe pasa, pues, a lo largo de la obra de médico potencial a enfermo real.

Además de su valor pragmático por avisar de lo aleatorio de la salud,⁶ estos tres episodios dicen lo quimérico de la ambición humana, mediante la inversión en los dos últimos de las expectativas creadas en el primero. El planteamiento y el nudo de la acción del *Alexandre* reposan, pues, sobre la transmisión de informaciones relativas a la medicina, al igual que el desenlace, en el que el protagonista muere envenenado.

² Cf. M. Alvar, *Libro de Apolonio*, Fundación Juan March, Castalia, Madrid, 1976. Las citas del texto latino (al que aludo con las siglas HART) se hacen a partir de esta edición. Véase el volumen II: Ediciones.

³ Consúltese J. García López, «De la prioridad cronológica del *Libro de Alexandre*», en *Actas del II Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, I, ed. J.M. Lucía Megías, P. Gracia Alonso y C. Martín Daza, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1991, pp. 341-35; del mismo autor, *El «Libro de Alexandre» en la cuaderna vía*, tesis doctoral, Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, Microfichas, Barcelona, 1992.

⁴ I. Uría Maqua, «El *Libro de Apolonio* contrapunto del *Libro de Alexandre*», *Vox Romanica*, LVI (1997), pp. 193-211.

⁵ Cf. R.S. Willis, *El libro de Alexandre: Texts of the Paris and the Madrid Manuscripts*, Elliot Monograph 32, Princeton-Paris, 1934. Cito siempre a partir de la edición paleográfica, tomando como referencia el manuscrito P y señalando las variantes significativas de O. En este caso, hay una laguna en O.

⁶ P862cd: «... prouou vna coſa que non auje prouado/ que la ſalut non dura ſienpre en vn eſtado».

En el *Apolonio*, si bien la enfermedad aparece como un motivo recurrente bajo la cobertura del *amor hereos*,⁷ el pasaje más explícito en cuanto a los saberes médicos es el de la muerte aparente de Luciana y su curación por el joven médico de Éfeso (270-323). Este episodio es necesario para el aprendizaje del protagonista,⁸ a la vez que asegura al público de la obra la posibilidad de un desenlace afortunado una vez la falsa muerte vuelta a la vida. En consecuencia, también en esta obra el saber de medicina funciona como desencadenante de la acción, lo cual confirma la importancia concedida por ambos autores clérigos a este elemento narrativo.

La expresión primera de dicha consideración figura en puesto de honor en el *Alexandre*, donde el arte de «física» aparece como la primera de las artes del *quadrivium*, en el conocido repertorio de los saberes de clerecía de Alejandro. En el *Apolonio* no hay un equivalente del catálogo de las artes, y lo que nos dice el poeta es que el rey es versado en el *trivium* (22ab, 31) y que su hija Tarsiana estudió gramática, música (350c) y «todas las artes» (352b), entre los siete y los doce años, en lo que es claro eco del *Alexandre*.⁹ En el poema de Alejandro el *trivium* es el de la tradición de las artes liberales: gramática, lógica y retórica; no ocurre lo mismo con el *quadrivium*, del que el poeta elimina aritmética y geometría, manteniendo música y astronomía, y completando con física y con un arte definida como el conocimiento de «las calidades de cada vn elemento» (P44b). La interpretación de lo que quiera decir este verso está sujeta a discusión; por el momento, acepto que pueda remitir al saber de la filosofía natural.¹⁰

Podríamos estimar que las fluctuaciones experimentadas por el sistema de las artes liberales a lo largo de la Antigüedad y del Medievo son las responsables de la inclusión de este particular *quadrivium* en el *Alexandre*. A modo de ejemplo de tal variación, permítaseme citar dos textos de ambiciones tan diversas como el *Sacerdos ad altare*, en el cual se ofrece una lista de los textos destinados al estudio de los *scolares clerici* a fines del XII, y el *Setenario*, tratado compuesto en algún momento del siglo XIII por indicación de Alfonso X o de su padre Fernando III.¹¹ En la primera de estas obras

⁷ M.J. Lacarra, «Amor, música y melancolía en el *Libro de Apolonio*», en *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. V. Beltrán, PPU, Barcelona, 1988, pp. 369-379. Es digno de atención el que, mientras «el mayor interés literario del tema [de la enfermedad de amor] reside en mostrar la impotencia de los médicos para curar la dolencia», p. 373, el episodio de Luciana ponga de realce, precisamente, la eficacia de los médicos.

⁸ I. Uría Maqua, «El *Libro de Apolonio* contrapunto», pp. 204-210.

⁹ P16: «El padre de siete años metiolo a leer/ diol maefros honrrados de fen e de faber/ lo[que] meiores pudo en Greçia e[co]jer/ quel oopiejen en todas las artes enponer»; O16d: «en las .vij artes».

¹⁰ Cf. R. S. Willis, «Mester de clerecía», p. 214. Acepta esta interpretación I. Michael, *The Treatment of Classical Material in the Libro de Alexandre*, Manchester University Press, Manchester, 1970, p. 43. De diferente opinión es F. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana. I: La creación del discurso prosístico. El entramado cortesano*, Cátedra, Madrid, 1998, p. 36.

¹¹ Cf. F. Gómez Redondo, *Historia de la prosa*, pp. 304-330; G. Martin, «Alphonse X ou la science politique (Septénaire, 1-11)», *Cahiers de Linguistique Médiévale Hispanique*, XVIII-XIX (1993-1994), pp. 79-100, y XX (1995), pp. 7-33.

vienen enumeradas no ya siete artes, sino diez, ya que al canon tradicional se suman medicina, derecho y teología;¹³ en la segunda, naturalmente, se respeta la cifra de siete, aun a costa de forzar un poco el sistema mediante la integración de las artes del *trivium* en una sola unidad de sabiduría, y la adición de física, o «natural saber de melezina»,¹³ y de metafísica. Ya Pedro Alfonso, no lo olvidemos, incluía la medicina en su lista de ciencias.¹⁴

Según vemos, el esquema de las artes liberales se ensancha en ocasiones para dejar lugar al saber médico, que aparece a menudo como la culminación de los conocimientos comprendidos en *trivium* y *quadrivium* clásicos. En este sentido el *Alexandre* no es extraordinario, pero sí merece atención el rango predominante que ocupa en él la ciencia de la medicina. Semejante preferencia podría tener un fundamento narrativo, porque anunciaría el fin de la obra, exponiendo una posesión inicial de este saber destinada a convertirse en trágica desposesión final. Podría ser, igualmente, que esa posición inicial se debiera a una lectura a ultranza de una de las autoridades favoritas del poeta, Isidoro de Sevilla: éste afirmaba en sus *Etimologías* que la medicina no se incluye entre las artes liberales porque abarca las materias abordadas por las ciencias del *trivium* y del *quadrivium*, lo que justificaría que *Medicina secunda Philosophia dicitur*.¹⁵

Una vez establecido el saber de física de Alejandro, el texto afirma que éste conoce «bien los pulfos» y que juzga bien el «orinal» (P42b), para terminar con una referencia a su maestro Aristóteles: «non ha fueras de ti mejor njn tal» (P42c). Aunque no podemos averiguar si la alusión a pulsos y orinas corresponde a lecturas determinadas, no resulta demasiado aventurado pensar que el poeta se refería aquí a dos obras conocidas de todo estudiante de medicina, el *De pulsibus* de Filareto y el *De urinis* de Teófilo Protospatario, ambas de origen bizantino.¹⁶ Los programas de licencia de París y de Montpellier aseguran en la universidad de fines del XIII la celebridad de estos tratados,¹⁷ familiares a los escolares desde mucho antes: el *Sacerdos ad altare*,¹⁸ así como el

¹³ C.H. Haskins, «List of Text-Books from the Close of the Twelfth Century», *Harvard Studies in Classical Philology*, XX (1909), pp. 75-94.

¹⁴ Alfonso el Sabio. *Setenario*, ed. K.H. Vanderford, Crítica, Barcelona, 1984, p. 36.

¹⁵ M.J. Lacarra, «La renovación de las artes liberales de Pedro Alfonso», en *Actas del Congreso «De Toledo a Huesca. Sociedades medievales en transición a finales del siglo XI (1080-1100)»*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1998, pp. 131-138.

¹⁶ *Etymologiarum*, IV, 13. Cf. *San Isidoro de Sevilla. Etimologías*, ed. y trad. J. Oroz Reta y M. Marcos Casquero, BAC, Madrid, 1994, pp. 504-507.

¹⁷ Dichos textos formaban parte de un grupo de cinco, más tarde llamado *Articella*, sobre los cuales se basaba la formación del futuro médico. Cf. L. García Ballester, «Medicina y filosofía natural en la Europa latina de los siglos XII y XIII: un debate abierto», *Arbor* (junio-agosto 1992), pp. 119-145.

¹⁸ D. Jacquart, F. Micheau, *La médecine arabe et l'Occident médiéval*, Maisonneuve & Larose, París, 1996, pp. 172 y 192.

¹⁹ C.H. Haskins, «List of Text-Books», p. 93.

Planeta de Diego García de Campos se hacen eco de la transmisión de estas obras.¹⁹ El *Alexandre* no podía ser menos; tampoco el *Apolonio*: el médico de Efeso «fue'l catando el pulso» a su paciente (301).

Pero esas referencias a pulsos y orinales, finalmente, no pasan de ser anecdóticas. Lo que realmente importa es la alusión a Aristóteles en el *Alexandre*. Si bien el contenido del verso en cuestión se presenta como harto banal y parece no transmitir sino la materia encontrada en las fuentes, en realidad autoriza una posible lectura del poema como texto didáctico-moral cuyo eje es la educación de Alejandro por Aristóteles.²⁰

La deuda del poema para con los saberes árabes es, efectivamente, flagrante cuando se trata de la representación literaria de la ciencia de la medicina. Valga señalar una sola de las semejanzas existentes entre el *Alexandre* y *Sirr al-asrār* o *Secretum secretorum*. El episodio que cuenta el desmayo de Alejandro tras su baño en el Cidno merece comentario en este sentido; detengámonos en la reacción negativa de los hombres del macedonio ante el deseo de su general de bañarse en las aguas frescas del río. El texto es explícito: «tenjendo gelo a mal los suyos τ los e[traños» (P867b). La explicación de tal actitud la encontramos en una de las indicaciones del *Secretum secretorum*. Advierte el Aristóteles de *Poridat de las poridades* que en verano Alejandro no debiera «seguir baño». ²¹ Lo mismo se lee en la versión de Johannes Hispalensis, realizada ésta en Toledo a mediados del siglo XII y que acaso hubiera resultado accesible al poeta castellano.²² Podemos sospechar entonces la intención del autor del *Alexandre* al redactar los versos en cuestión: al incorporar a su obra un saber reconocido como procedente de un texto pretendidamente aristotélico, habría restablecido el contexto de recepción del pasaje proponiendo a sus lectores una información sintomática acerca del olvido de Alejandro.

No añadiríamos nada nuevo si nos limitásemos a señalar que el Aristóteles del *Alexandre* es una ilustración del didactismo oriental. No sería desacertado aventurar que, aquí al menos, el *Alexandre* sitúa la imagen del Aristóteles ayo de Alejandro detrás de la del hombre de ciencia.²³ Los versos que nos ocupan evocan el orgullo de Alejandro por conocer el curriculum escolar médico, y en ellos caben «física», ciencia «natural», evocación de lecturas especializadas y referencia a Aristóteles. En el Toledo de la segunda mitad del XII, en semejante ambiente al que vio surgir la primera versión del *Secretum*

¹⁹ Cf. Diego García de Campos, *Planeta*, ed. M.A. Alonso, CSIC, Madrid, 1943, p. 171. Véase J. Hernando Pérez, *Hispano Diego García, escritor y poeta medieval*, y el «Libro de Alexandre», Burgos, 1992, pp. 275-276.

²⁰ A. Arizaleta, «La figure d'Alexandre comme modèle d'écriture dans la littérature médiévale castillane», en *Alexandre le Grand dans les littératures occidentales et proche-orientales*, ed. C. Kappler, L. Harf-Lacner y F. Suard, Université de Paris X-Nanterre, Paris, 1999, pp. 173-186.

²¹ *Poridat de las poridades*, ed. L.A. Kasten, Seminario de Estudios Medievales de la Universidad de Wisconsin, Madrid, 1957, p. 70.

²² *Epistola Aristotilis ad Alexandrum cum Prologo Johannis Hispaniensis*, ed. W. Suchier, en «L'enfant sage» (*Das Gespräch des Kaisers Hadrian mit den klugen Kindern Epitus*), Niemeyer, Dresde, 1910, p. 478.

²³ C. Heusch, «Entre didactismo y heterodoxia: vicisitudes del estudio de la *Ética* aristotélica en la España escolástica (siglos XIII y XIV)», *La Corónica*, XIX: 2 (1990-1991), pp. 89-99, esp. p. 95.

secretorum, se tradujeron los *libri naturales* aristotélicos. Domingo Gundisalvo y Gerardo de Cremona llevaron a cabo la empresa; el último vertió al latín, entre otros, la *Physica*, el *De coelo et de mundo*, el *De generatione et corruptione*, entre otros.²⁴ En los primeros años del XIII Miguel Escoto tradujo, también en Toledo, el *De animalibus*.²⁵ Cabría preguntarse hasta qué punto las palabras «non ha fueras de ti mejor njn tal», que pudieran apuntar a la autoría de obras fundamentales de física por parte del Estagirita, hayan traído a la memoria del lector esos textos del Aristóteles filósofo, no ya del pedagogo contratado por el padre de Alejandro (P16).

Si esto fuese así, ello nos llevaría a concluir que el autor del *Alexandre* conocía y compartía la concepción de la naturaleza transmitida por las obras aristotélicas que comenzaban apenas a ser recibidas en Occidente.²⁶ Esa ciencia natural surgida del interés por la realidad física, a la cual se intenta llegar desde la razón, podría subyacer tras la utilización frecuente por parte del poeta castellano de una terminología relativa a la «natura». Algún indicio textual sugiere la sospecha de que en el *Alexandre* aparezcan equivalentes de términos inventados por Miguel Escoto, tales como «la Natura que cria todas las criaturas» (O2.161a) o «al Criador que crio la Natura» (O2.165a),²⁷ posibles calcos, respectivamente, de *natura naturans* y *natura naturata*.²⁸ No es éste un argumento definitivo, puesto que sería indispensable un análisis preciso que asentase o rechazase cualquier eventual relación entre unos textos y otros. Por eso interesa más volver al *quadrivium* del *Alexandre*, compuesto por las artes de música, filosofía natural y astronomía, todas ellas íntimamente ligadas a la física que abre el inventario.²⁹

Importa comprender las artes del *quadrivium* del *Alexandre* como conocimientos anclados en la reflexión sobre las estructuras del mundo y el hombre, como la enumeración de componentes de la ciencia de la naturaleza y como la expresión de una unidad especulativa equivalente de la física en su globalidad, que es ciencia de «las naturas de las cosas», y, en definitiva, es filosofía.³⁰ Tal aproxima-

²⁴ L. García Ballester, «Medicina y filosofía natural», p. 126.

²⁵ L.K. Pick, «Michael Scot in Toledo: *natura naturans* and the Hierarchy of Being», *Traditio*, LIII (1998), pp. 93-116.

²⁶ A. Speer, «The Discovery of Nature: the Contributions of the Chartrians to Twelfth-Century Attempts to Found a *scientia naturalis*», *Traditio*, LII (1997), pp. 135-151.

²⁷ P2.303a: «la Natura que cria todas las criaciones». P2.307a: «al Criador que cria la Natura».

²⁸ L.K. Pick, «Michael Scot», p. 109-111. Véase J. Hernando Pérez, *Hispano Diego García*, pp. 266-322.

²⁹ No hay tiempo para tratar detenidamente la realidad de la medicina astrológica o de la música del pulso, ni del lugar de la astronomía en el *Alexandre* o de la música como actividad rectora del conocimiento humano en el *Apolonio*. Véase, respectivamente, J.M. González Sánchez, «Astrología y Medicina: pautas de investigación en las fuentes medievales españolas», *Anuario de Estudios Medievales*, XXI (1991), pp. 629-643; N.G. Siraisi, «The Music of Pulse in the Writings of Italian Academic Physicians (Fourteenth and Fifteenth Centuries)», *Speculum*, L (1998), pp. 689-710; D. Devoto, «Dos notas sobre el *Libro de Apolonio*», *Bulletin Hispanique*, LXXIV (1972), pp. 291-330.

³⁰ A. Speer, «The Discovery of Nature»; J.A. Weisheipl, «Classification of the Sciences in Medieval Thought», *Medieval Studies*, XXVII (1965), pp. 54-90.

mación a la naturaleza, propia del aristotelismo escolástico temprano, constituye el fundamento de la práctica médica surgida en el siglo XII de Salerno y de las obras árabes. Nos podemos preguntar, por lo tanto, si es legítimo entender que ese verso del *Alexandre*, «bien se las calidades de cada vn elemento», debe algo a una expresión del saber médico característica del aristotelismo en ciernes, lo que explicaría la posición liminar de la física.³¹

Sea como sea, es hora de volver al *Apolonio*. Hemos dicho que su autor tomó prestado bastante material del *Alexandre* con el fin de exponer el saber médico. El *Apolonio* muestra por tanto la impronta de su modelo tanto en el desarrollo de las situaciones como en su resolución textual. Como prueba de la imitación de algunos versos del *Alexandre*, recordaré los siguientes: Alejandro y Luciana despiertan de su amortecimiento y miran a su alrededor con ojos «vellidos» (*Apol.* 315b; *Alex.P2.229a*); el joven médico de Efeso expresa su contento al comprobar que su paciente vivirá con palabras tomadas de la agonía de Alejandro: «cuando vido su hora que lo podré pasar» (*Apol.* 312a); «non pudo el espíritu de la ora pa[ar]» (*Alex.P2.611a*).

En cuanto al paralelismo de las situaciones, se podría señalar el que los médicos de Efeso recojan el falso cadáver de Luciana un día de «sol escalentado» (284); del mismo modo que Alejandro se baña por estar «e[scalentado]» (P862). Más significativo es que sea uno el mal que aqueja a Alejandro y Luciana. Desfallecimiento y hemorragia del macedonio y letargo tras el parto de la esposa de Apolonio presentan, a pesar de las apariencias, un factor común, la pérdida del espíritu vital. Las fuentes de *Alexandre* y *Apolonio* son explícitas: Gautier de Châtillon e *Historia Apollonii Regis Tyri* evocan el *spiritus* que ha abandonado los cuerpos del macedonio y de la esposa del rey de Tiro.³² También en el *Apolonio* se evoca el «espirament de vida» (303) que vuelve a Luciana tras los cuidados del médico. La lectura de estos textos a la luz de la *Isagoge*, la obra más consultada por quien tenía curiosidad médica en la Edad Media,³³ justifica las causas de la enfermedad de cada personaje, informando de que el espíritu vital proviene del corazón y es transportado por las arterias a todo el cuerpo.³⁴ La sangre de ambos personajes deja de circular como consecuencia, respectivamente, del contraste de temperaturas; de la saetada y de la falta de cuidados durante el alumbramiento. Queda claro, así pues,

³¹ Es cierto que calificar el poema de «repertorio de saberes razonados» no desmerecería de la confirmación de su didactismo, por otra parte característico de un aristotelismo confinado al modelo enciclopédico al no acompañar el marco teórico del análisis de fenómenos concretos.

³² *Alexandreis*, II, 202. Cf. la edición de M. Colker, p. 46; HART, XXV. Cf. la edición de M. Alvar, II, p. 247.

³³ La traducción al latín de algunos de los fragmentos del *Masā'il fi t-tibb* de Hunain ibn Ishāq, o Johannitius, por Constantino el Africano recibió el nombre de *Isagoge*, convirtiéndose en la columna vertebral de la ciencia médica medieval. Cf. D. Jacquart y F. Micheau, *La médecine arabe*, pp. 101-102.

³⁴ D. Jacquart y F. Micheau, *La médecine arabe*, pp. 50 y 101-104.

que la enfermedad detallada en ambos poemas es la misma: la ausencia de fuerzas vitales debida a una obstrucción de las arterias. La sangre de Alejandro y Luciana no circula debido a su coagulación. Los soldados de Alejandro «fallaron de la sangre muchos de cuajadones» (P2.226b), y el médico que curó a Luciana «desvióle la sangre que estaba cuajada» (310).³⁵

El causante original de esta oclusión arterial parece ser en ambos textos un desequilibrio entre calor y frío; es evidente en el *Alexandre* que la temperatura del agua provoca el primer colapso de Alejandro, y sugiere el *Apolonio* que la ausencia de calor haya influido en el desmayo de Luciana, puesto que el tratamiento escogido consiste en envolverla en lana untada de aceite caliente y en proporcionarle una atmósfera templada: dice el texto que el médico «fizo fer grandes fuegos de leña trasecada» y que «con la calor del fuégo ... aguisó un unguente calient' e lexativo», además de que «fizo ... el olio calentar;/ mandó los vellozinos en ello ferventar;/ fizo con esta lana el cuerpo embolcar» (306c, 308ab, 309abc).³⁶ Merece la pena comentar que el autor ofrece una explicación razonable al estado de Luciana, al añadir a la información relativa a la coagulación de la sangre otra más en consonancia con la situación que ha provocado su letargo. Dice el texto: «cuajósele la sangre dentro en la corada;/ de las otras cosas, non fue bien alimpiada» (270bc). El segundo verso sugiere que Luciana ha sufrido un accidente al parecer bastante común, el de la retención de la placenta tras el parto en casos en que la mujer no era asistida por una *obstetrix* eficaz.³⁷ Tal interpretación viene indicada, además de por la alusión a «las otras cosas», por el recurso al aceite como medio de aliviar a Luciana de la «horrura» (312) que anegaba sus entrañas, ya que los tratados médicos recomendaban en los casos de no expulsión de la placenta que se hiciese ingerir a la mujer un bálsamo de dicha sustancia.

En el *Alexandre*, Filipo hace tomar una «purgadura» (P884c) o «letuario» (P888b) a su paciente, mientras que Critóbolos le prepara «enplastos» (P2.240b).³⁸ Tales procedimientos

³⁵ C. Monedero, en su edición del *Libro de Apolonio*, Castalia, Madrid, 1997, prefiere «desuyóle la sangre».

³⁶ El poeta anuncia la novedad de tal proceder: «nunca de tal meglía oyó homne contar» (309d); ignoramos si estas palabras son originales del autor castellano, o si estaban ya en la fuente latina, porque no conocemos exactamente la versión empleada para componer el *Apolonio*. Cf. la edición de M. Alvar, I, p. 38. En el libro octavo de la *Confesión del amante*, según la versión de Juan de Cuenca, en el cual se encuentra la historia de Apolonio, figura una información similar que resalta lo novedoso de la cura: «Et, aóy mefmo, tra-/ talla en çiertos lugares/ de su cuerpo con çiertas vn-/ turaç, de manera que, en-/ tre la calentura e ó-/ lloç e muchoç engüen-/ teç que le fueron puefioç,/ e en espeçial por vn l/-/ cor que le lançó por la bo-/ ca, el qual de grandeoç letradoç eo poco conoçi-/ do...». Cf. *Confesión del amante*, ed. E. Alvar, Anejo LV del *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 1990, p. 639.

³⁷ A pesar de la afirmación del verso 259c: «diol' muchas parteras, más una mejorada», Luciana no fue debidamente atendida en el parto. Véase A. Piñeyría, «La mujer y la medicina en la España medieval e inicios de la moderna», *Medicina y sociedad: curar y sanar en la España de los siglos XIII al XVI*, ed. M.E. González de Fauve, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996, pp. 137-165.

³⁸ El nombre de este médico varía en los dos manuscritos: P2.228: «Triftobulus»; O2.086a: «Ariřobolus»,

tos son en todo semejantes a los preconizados por Constantino el Africano o Abulcasis, máximas autoridades en la materia, quienes aconsejaban tratar la degeneración de la sangre mediante purgantes, ungüentos y calor.³⁹ Esta terapéutica se basa en la patología humoral de los cuatro elementos, más exactamente en la oposición de fuego y agua, poniendo en perspectiva una vez más el verso arriba comentado del *Alexandre* en el cual se trata de las cualidades de los elementos. Y, ante todo, conduce al galenismo renovado del siglo XIII, «que estableció definitivamente una íntima relación causal entre los componentes últimos de la materia viva ... y los procesos naturales de la salud y la enfermedad».⁴⁰ Nos encontramos de nuevo, por consiguiente, con una representación del saber médico que parece derivar de la filosofía natural aristotélica, la cual constituía el sustento de la práctica galénica de la medicina al proporcionar el conocimiento de las realidades del mundo y del hombre.

Ahora bien, la adscripción al aristotelismo naciente de *Alexandre* y *Apolonio* tropieza con no pocos obstáculos. El primero de ellos es la falta de interés de sus autores por el diagnóstico completo de la causa de la enfermedad, tanto más llamativo cuanto que las fuentes exponen con minucia el origen del mal. Gautier explica meticulosamente el por qué de la obstrucción de las arterias de su personaje, y la *Historia Apolloni Regis Tyri* detalla con parsimonia las acciones del médico, enumerando razonadamente el proceso que lleva a la licuefacción final de la sangre.⁴¹ Semejante desinterés por una información pertinente da qué pensar. Por otra parte, la exposición de la ciencia médica en los dos poemas no va muy lejos. Se trata en ellos de instrumentos—«vnas navajas de buen fierro tenprado» (*Alexandre* P2.235b)—y de jarabes y purgantes, sin entrar en la composición de los mismos. Lo que predomina en ambas obras, de hecho, es el interés por conservar la coherencia narrativa.

En lo que respecta al *Alexandre*, el poeta, como buen biógrafo, quiso hacer pasar a su protagonista por todas las etapas de la salud y de la enfermedad hasta llegar a la muerte: la paulatina exposición del macedonio como paciente prepara la visión final de un Alejandro moribundo, cuya agonía es descrita con pausa (P2.448-2.454; P2.609-2.611),⁴² contrariamente a lo que sucede con el protagonista del *Apolonio* (estrofa

Oz.087c: «Cristobolus». En la *Alexandreis*, IX, 456 se lee «Cristobolus», cf. la edición de M. Colker, Patavii in aedibus Antenoreis, Padova, 1978.

³⁹ *Tratado médico de Constantino el africano. Constantini Liber de Elephantia*, ed. A.I. Martín Ferreira, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1996, p. 84-91; *Un tratado de polvos medicinales de Al-Zahrāwī*, ed. M.L. Arvide Cambra, Universidad de Almería, Almería, 1994, p. 84.

⁴⁰ L. García Ballester, «Medicina y filosofía natural», p.135.

⁴¹ *Alexandreis*, II, 164-170. Cf. la edición de M. Colker, p. 44-45; HART, XXVI-XXVII. Cf. la edición de M. Alvar, II, p. 248-249.

⁴² No es puro azar que el poeta afirme, en los versos finales, lo superfluo de cualquier esfuerzo para salvar al rey que muere: P2.584abc: «Commo Dios non queria nol podia rres valer/ nol pudieron fíficos nñgunos acorrer/ entendio el buen enperador que auje de feyer»; O2455abc: «Quando Dios non quiere non sabrian ualer/ non podieron fíficos con renñe la gareçer/ entendió el bon omne que iua falleçer».

650). El autor de este poema, por su parte, además de favorecer la lectura simbólica de la curación de Luciana (no en vano el falso cadáver arriba, el tercer día después de entrar en letargo semi-mortal, a Efeso, ciudad en la que San Pablo curó milagrosamente a los enfermos),⁴³ aprovecha la situación para construir un cuadro en el que prima el gusto por el detalle doméstico.

Esa atención por el arte de narrar de ambos poetas se conjuga con la elaboración de la figura del médico diestro: rivalizan en habilidad Filipo, Critóbolo y el médico de Efeso, designados, respectivamente, como «físico delantero» (*Alex.*P884b), «meje bien coñosçido» (*Alex.*P2.228a) y «diciplo sabio e bien letrado» (*Apol.*284b). Sobresale la profesionalidad de estos personajes, expertos como Filipo, tenaces como el médico de Efeso, e íntegros hasta el punto de dudar en llevar a cabo una operación de dudoso éxito, como Critóbolo ante la profunda herida de Alejandro. Resalta la confianza que inspiran a sus pacientes, siendo éste un motivo principal en el episodio del *Alexandre*, ya que el macedonio acepta tomar la poción que le ha preparado su médico a pesar de la nota anónima que acusa a éste de desear envenenarlo (P885-894). Todo ello contribuye a explicitar la equivalencia entre «metgía» y «maestría», puesta de relieve en el *Apolonio* («entendió que ya iba obrando la metgía;/ començó más a firmes de fer la maestría», 311bc), y a convencer al público de que realmente los médicos de ambos textos merecen el apelativo de «maestros», si bien este término es usado con mayor liberalidad por el autor del *Apolonio* que por el del *Alexandre*.⁴⁴

No es menos significativo que el *Apolonio* ponga en escena el relevo del saber: al médico veterano, todavía digno de admiración, puesto que el poeta inventa que «de buenos escolanos traía más de ciento» (286b), le sucede el joven discípulo. Este es capaz de «maestrías» (301c) y es de mayor ciencia y perspicacia; de él se dice que «un maestro valía» (298a); él recibe, en definitiva, el título de «mege» (311a) tras haber demostrado su valer. *Apolonio* y *Alexandre* coinciden, también, en el elogio absoluto de la Fama,⁴⁵ cuya representación literaria como consecuencia del buen ejercicio del saber de medicina llama la atención. Mientras que el autor del *Alexandre* evita abordar el tema candente de los honorarios de los médicos, ya acusados de un excesivo amor al lucro como lo atestiguan las críticas de los contemporáneos o las

⁴³ Hechos de los Apóstoles, XIX, 11-12.

⁴⁴ *Alex.* P45; *Apol.* 284c, 294d, 296b, 298a, 302a, 304a, 320bc, 321a.

⁴⁵ *Alex.*P895cd: «todos le rriendien gracias al maestro Phelipo/ disen todos que fuera en buen tiempo naçido»; P2242cd: «estonçes dixieron todos señor [O2098c: «Dios»] tu seas gradeçido/ que fesi ste a Trifobulus maestro tan conplido»; *Apol.*304-305: «Fijo, dixo el maestro, dizesme grant amor,/ nunca fijo a padre podríe dezir mejor;/ si tú aquesto fazes, acabas gran honor;/ de quantos metges vivien, tú eres el mejor./ Nunca morra tu nombre, si tú esto fizieres;/ de mí habrás gran honra, mientre que tú visquieres;/ en tu vida habrás honra e, después que murieres;/ fablarán de tu seso varones e mujeres»; 322cd: «la bondat de los metges era atan granada,/ debíe seyer escrita, en un libro notada».

tentativas de control por parte de Roma con bulas como la *Super speculam*,⁴⁶ el del *Apolonio* toma partido manifiestamente por la medicina entendida como arte desinteresada: cuando el viejo médico propone al joven darle un quinto de las ganancias habidas con el entierro de la falsa muerta («quiero de la ganancia que lieves tu quión», 286d), el poeta afirma que éste último no recibió nada por su intervención («del haber no l' tomaron quant'una dinarada», 323c). Ello es doblemente revelador si tenemos presente que la fuente establece la cantidad cobrada por el médico;⁴⁷ la modificación dice mucho de la idea del autor sobre la práctica de la medicina. También lo dice el que la apología de la Fama del médico alcance en el *Apolonio* niveles casi ditirámicos que dejan en mantillas al *Alexandre*.

Poco es, en fin, lo que podemos concluir tras este examen de la representación del saber médico en ambas obras. Todo indica que sus autores no practicaban la medicina, sino que poseían como letrados ciertos conocimientos de esa ciencia. Este saber nacido de la lectura no desdice lo que ya sabemos de los dos poemas, y justifica el cuidado puesto por sus autores en la construcción de una trama plausible. Tal transmisión eminentemente libresca cobra un valor añadido si la asociamos al pragmatismo esencial de los saberes expuestos en los versos comentados, perfectamente combinable, por otra parte, con la insistencia en temas prácticos que caracteriza la medicina del siglo XIII.

Deduzcamos o no que estos poemas deben algo al aristotelismo impregnado de platonismo de los inicios del XIII, o a un saber formalizado en estructuras accesibles en Toledo,⁴⁸ sí admitiremos que *Alexandre* y *Apolonio* atestiguan de una etapa en la historia de la ciencia médica en Castilla, mal conocida en lo que respecta al siglo XIII por la ausencia de textos y la falta de pruebas de su enseñanza en escuelas y universidades.⁴⁹ Aceptaremos igualmente que el *Alexandre* ha constituido un ejemplo para el autor del *Apolonio* y, quizás, que estos poetas letrados seducidos por el saber participaron, a su manera, de una clerecía que acaso rime con escolástica.⁵⁰

⁴⁶ J. Verger, «Des écoles à l'université: la mutation institutionnelle», *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, Editions du CNRS, París, 1982, pp. 817-845. Promulgada por Honorio III el 16 de diciembre de 1219, la *Super speculam* prohibía a regulares, sacerdotes y a todos los clérigos con cargo de almas estudiar las leyes y la medicina.

⁴⁷ HART, XXVII: «Et dedit ei decem sestertia auri». Cf. la edición de M. Alvar, II, p. 249.

⁴⁸ Hay que recordar que el *Alexandre* lleva a sus lectores, a lo largo del itinerario de un letrado, además de a París y Bolonia, a Toledo, y que uno de los manuscritos se detiene en Tolosa de Francia, centro universitario donde se enseñaba la medicina desde el siglo XII. Cf. A. Arizaleta, *La translation d'Alexandre. Recherches sur les structures et les significations du Libro de Alexandre*, Anejo 12 de *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, París, 1999, p. 216-217.

⁴⁹ L. García Ballester, «Medicina y filosofía natural»; A. Rucquoi, «Contribution des *studia generalia* a la pensée hispanique médiévale», en *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, ed. J.M. Soto Rábanos, CSIC, Madrid, 1998, pp. 737-770.

⁵⁰ No estará de más terminar citando un par de versos significativos del *Alexandre*: P17ab: «Aprendie de las siete artes cada dia liçon/ de todas cada dia fasja disputaçon».